



MI REPÚBLICA IGNORADA

Melacio Castro Mendoza

MI REPÚBLICA IGNORADA



Primera edición: febrero de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Melacio Castro Mendoza

© Ever Arrascue Arévalo: diseño de portada y foto de autor

ISBN: 979-13-88195-04-4

ISBN digital: 979-13-88195-05-1

Depósito legal: M-3340-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para los pueblos del Perú profundo y, en especial,
San Gregorio, Chamán y Caín; para mi familia y mis amigos
Ever Arrascue Arévalo y Javier Peralta Chávez;*

LIBRO I

(Celebro) La sabiduría de ese líder campesino cusqueño que, al ser interrogado por ávidos aventureros sobre dónde puede estar el Paititi o, en otras palabras, El Dorado, responde: «Solo encontrarás el Paititi cuando logres arrancar de tus ojos el resplandor de la codicia».

Julio Ramón Ribeyro
(«El Dorado»).

Quien la maldad no evita, la consiente
y se puede llamar participante;
y el que a los malos públicos perdona
la república estraga e infecciona.

ALONSO DE ERCILLA

PALABRAS PREVIAS:

NADIE DABA POR CIERTO

LA EXISTENCIA DE CAÍN

Tuvieron que pasar muchos años para darme cuenta de que Caín, el caserío del departamento de La Libertad donde nací, para la cartografía del Perú, no existía. Tampoco existía San Gregorio, el distrito situado en la parte occidental de Cajamarca, de cuyos campos fueron mis padres.

El mundo de mi niñez se reducía a Caín y a las haciendas que lo rodeaban. San Gregorio, a su vez, contaba con un acceso a sus tierras por accidentados y polvorientos. Juana Mendoza Novoa, mi mamá, y Segundo Ramón, uno de mis hermanos mayores, me hicieron comprender que el Perú «es un país grande, hecho de regiones y de gentes diversas, donde muchos viven ayudándose entre sí mientras otros maltratan a quienes reclaman mejores salarios, vivienda, vestido, pan y educación».

Caín cuenta con una reliquia moche: la Huaca de las Estacas, una fabulosa pirámide desde cuya cima una tarde descubrí las casas que, a lo lejos, pertenecen a las ciudades de Chepén y de Guadalupe, situados, cada cual, al pie de un cerro. «Los chepenanos y los guadalupanos, cholo —afirmó Segundo Ramón—, a diferencia de los de Caín y de San Gregorio, tienen luz eléctrica y escuelas en la que aprenden a leer y a escribir».

Ajeno a mi voluntad, el 17 de mayo de 1976 empecé a residir en la República Federal de Alemania donde, en Essen, ejercí la docencia. Mis alumnos en vez escucharme divagar sobre teorías y estadísticas con las que trataba de explicarles el origen de la pobreza, poniendo como ejemplos a Caín y San Gregorio, insistían en que mejor les contara cómo transcurrió allí mi niñez y mi juventud. Deseaban, asimismo, saber en qué mapa podían localizar a ambas localidades. Con fines de satisfacer sus expectativas, en agosto de 1989 busqué, en Lima, el Instituto de Cartografía Militar, donde, en una de sus oficinas me recibió un teniente del Ejército, al que consulté en qué carta geográfica podía localizar a Caín y a San Gregorio. Al oír estos nombres, aquel hombre soltó una carcajada

—¿Caín y San Gregorio? ¡Uno condenado por Dios y el otro, un santo! ¡Búsquelos en la Biblia! —recomendó.

—Caín, teniente, es un pueblo situado en el departamento de La Libertad. Su nombre no es bíblico —contradije.

—Si no me está tomando el pelo, cuáles son sus límites. Si me los dice trataré de localizarlo en alguno de nuestros mapas —declaró el teniente.

—Al oeste de Caín —expliqué—, está Pueblo Nuevo; al sur, Guadalupe; al este, la Huaca de las Estacas y, al norte, Pacanga.

—¿Pacanga? ¡Ja, ja, ja! —comentó.

Contagiado por su carcajada, reí. El hombre se entregó a la búsqueda de mi solicitada documentación. Recordé, entretanto, que, en mis tiempos de estudiante, el término *pacanga*, en el lenguaje popular, significaba «para acá» y, en contraposición, *payanga*, «para allá». Si alguien quería ocultar hacia dónde iba, decía: «Me voy a pacanga». El otro, haciéndole el juego, respondía: «Si tú te vas a pacanga yo me voy a payanga».

Ser de Caín o de Pacanga equivalía a ser un sujeto siempre objeto de burla. Nadie daba por cierto que Caín, o Pacanga, existieran. Hablar de San Gregorio, La Pajilla o La Montaña, era peor. Confesé, una vez, a alguien que mis padres eran de La Pajilla, y criticó:

«Un san Gregorio que en una montaña se le ocurre hacerse la paja o pajilla (masturbarse), más que un santo es un pajero».

El teniente cartógrafo del Ejército me sacó de mis recuerdos al depositar ante mí, sobre un bufete, una mezcla de mapas y de proyectos de mapas.

—Si usted es uno de los sobrevivientes de la tribu de Caín, el hombre que ajustició con un hueso de burro a su hermano Abel vea si encuentra en uno de estos mapas a su Caín —declaró.

—Mi pueblo, señor —repliqué—, nunca fue parte de ningún paraíso bíblico sino, más bien, de un algarrobal asentado sobre unas tierras salitrosas, carentes de interés para los dueños de las haciendas que nos rodeaban. Sus primeros habitantes fueron unos esclavos echados a la calle por sus exdueños, quienes, en la segunda mitad del siglo XIX, por la presión abolicionista internacional, los declararon libres. Más tarde, al ver a los migrantes andinos, la gente empezó a llamarles los caídos. Se trataba de gente en busca de trabajo. Del concepto caídos, señor, devenimos en caínes y, de caínes, en Caín.

El militar, a quien recordé que entre 1968 y 1975, el régimen del general Juan Velasco Alvarado convirtió las haciendas en un remedo de cooperativas, que después fueron parceladas y privatizadas, aseveró:

—Vea, ¡aquí está Caín!

Señaló con un lápiz uno de los planos y vi un puntito negro que acogía una anotación escrita a lápiz: «Caín, tierra de valle plano». En un proyecto similar, localicé a San Gregorio.

—Casi toda la población de Caín, como la de La Pajilla, La Montaña y San Gregorio es analfabeta. Somos pequeños agricultores y peones llamados campesinos sin tierra o indios —comenté, recordando mi pasado.

—Tú —observó el militar—, no tienes cara de peón ni de analfabeto.

—Señor —respondí—, algún día explicaré, por escrito, cómo fue que dejé de ser un analfabeto y un peón.

—Cuando lo haga —observó el teniente, despidiéndome—, pásame una copia.

En julio del año 2000, en una de mis visitas a Caín, mi hermano Segundo Ramón volvió a acompañarme a la Huaca de las Estacas. Observamos sus entornos, tal cual lo hacíamos cuando era yo un niño y él un adolescente, y dijo:

—Tú, Mela, caminaste por el mundo más que los de San Gregorio y los de Caín juntos. ¿Nunca tuviste miedo?

—Cuando yo era un niño —respondí—, tú me guiaste por la sierra de Nanchoc, de Carahuasi y de San Gregorio. Una vez te pregunté lo que ahora me preguntas, y respondiste: «Ni el miedo ni el hambre deben ser motivo para dejar de emprender nuevos caminos».

Segundo Ramón, descalzo y vestido siempre a lo pobre, me pidió que le contara cómo fue que le di «la vuelta a medio mundo». En pocas frases, lo logré.

Por la noche, en mi sueño me visitó la China o Gringa, una mujer que en la fantasía popular, sale del interior de la Huaca de las Estacas, vestida con ropa de oro y, al verme, me dijo:

—Tu alma vive conmigo y es parte de mis sueños. Si quieres que te la devuelva, primero devuélveme, tú, la mía.

La abraza y, entonces, ella de su seno liberó a mi alma y yo a la suya que devinieron en un mundo alumbrado por la luna. La Huaca de las Estacas y Caín, en este panorama, devinieron en dos partes de la cumbre del cerro Quillón, el Apu protector de San Gregorio. Corrí hacia allí y, en aquel momento, el canto de un gallo me despertó.

Durante las décadas de los años setenta, ochenta y noventa del siglo xx, Enrique Javier Peralta Chávez trabajaba en Lima, en la difícil labor de defensa de los Derechos Humanos. Lo conocí en enero de 1980 y devino en mi enlace con aquellas instituciones, en coordinación con las que, en Europa, entre la población a mi alcance impulsé sus objetivos.

—En Europa —conté a Segundo—, he conocido a gente que me ha escuchado referir mis desordenadas experiencias. A su vez,

en Caín mamá, cada vez que la visito, no se cansó de referirme algunos pasajes de su vida. Creo que algún día escribiré lo uno y lo otro

—Mela —respondió Javier—, tú y yo somos mortales. A mí me encanta escuchar tus experiencias y me encantará que las cuentes por escrito. Cuando empieces, mándame semana a semana un capítulo. Como tú sabes, yo sufro de un cáncer irreversible. Si he de morir, que sea leyéndote o haciendo que alguien me lea los pasajes que escribas sobre tu vida, que no pueden ser, sino, un espejo de la vida de nuestra sufrida gente.

Sus palabras me impulsaron a escribir lo que he dado en llamar *Mi república ignorada*.

M. C. M.

VIDA ENTRE LOS CAMPOS

DESAMPARO E INSEGURIDAD

A finales de abril de 1976 un comandante de la policía de Seguridad del Estado burló, al parecer, las órdenes superiores que tenía de los militares de hacerme «desaparecer». Su iniciativa se concretizó en que me hizo «depositar» en Huaquillas, Ecuador. Desde aquí, viajé a Quito, donde las autoridades del régimen militar me advirtieron de que no podía quedarme si no fuera solo hasta el dieciséis de mayo siguiente.

Aquel dieciséis de mayo, gracias al socorro que me prestó mi amigo Manuel Antonio Diez Salazar, residente en Mallorca, viajé con Lufthansa a Alemania donde, en Essen, fijé mi residencia. Después de casi cuatro años, en enero de 1980 pude regresar, de visita, a Perú. Más tarde, entre 1990 y el 2014, de año en año volví de Alemania a Perú, a ver a mi mamá y otros familiares. Mamá, cada vez que me recibía, se alegraba hasta el llanto a la vez que, al despedirnos, me arrastraba al llanto porque siempre afirmaba: «El próximo año, hijo, ya no nos veremos, porque, como ves, ya estoy muy vieja y...».

Temeroso de que su pronóstico pudiera cumplirse y sucediera lo que me sucedió con papá, quien nunca me refirió ningún pasaje de su autobiografía, noche a noche grababa en casetes las respuestas que mamá me daba a las preguntas que le planteaba sobre cómo había sido su vida. Gracias a ello supe que los habitantes de los campos de San Gregorio no hacían registrar su nacimiento ni la defunción de sus familiares.

A la luz de un viejo candil, sentados en viejas sillas, una noche afirmó:

—En los pueblos de la sierra, hijo, no había registros de ninguna clase. Por eso, si mañana muriera, nadie podrá probar que existí. Nunca tuve, ni vi, una partida de nacimiento.

Entre el rico y diversificado verdor de la vegetación andina, alejada de lo que la modernidad llama civilización, mi abuela Rosa Novoa, natural, al parecer, de La Pajilla, en su tercer parto alumbró a una sietemesina, Juana Mendoza Novoa, mi mamá. Ignoro cómo sucedió que, en junio del año 2010, alguien hiciera llegar a Eva, mi última hermana, un documento en el que constaba su nacimiento, fechado el quince de marzo del año 1910. Fue este el año en que, por primera vez, mis hermanas y hermanos celebraron su cumpleaños número cien.

—Nací, hijo, en los campos cercanos a San Gregorio (provincia de San Miguel, departamento de Cajamarca) —contó mamá—, pelada, muy pelada. La única persona que vio y padeció mi llegada al mundo fue Rosa, la mujer que me parió. Nunca supe cómo hizo para separarme del cordón que me unía a su vientre. Recién nacida como una sietemesina, yo y ella, a solas, enfrentamos el mundo a nuestra manera. Para nosotros no hubo una vaca ni un burro que se acercaran a prestarnos el calor de su resuello. Parturienta ella y desnuda yo, sobrevivimos. Mi papá estaba en el campo cuidando sus borregas.

Con voz quebrada, agregó:

—En mi mente hay un cuarto oscuro en el que no acabo de diferenciar las cosas que contiene o que me parece contener, donde pasé mis primeros años. Parte de las paredes eran de adobes y, parte, de quincha embarrada. De niña viví en aquel cuarto sin ventanas. En los campos andinos no existen casas con ventanas y la nuestra limitaba con un abismo que llamábamos «la boca de una quebrada». Nuestra puerta delantera era de maderos maltrechos, que amarrábamos con alambres a un horcón plantado en la tierra. Mal que bien, esa casa fue mi cuna junto a la que, de tarde en tarde, me sentaba a esperar la llegada del sol o la de mi papá, un hombre que pasó su vida labrando el pedacito de tierra que teníamos. La

parte delantera de nuestra casa daba a una loma plana del cerro en el que vivíamos. Sobre esa loma, mirando cómo mi mamá cocinaba en un fogón de cuatro piedras que ella y yo construimos, aprendí a cocinar y a lavar. No me acuerdo qué era lo que hacía Isaura, mi hermana mayor.

»Desde muy chica me gustó caminar cuanto podía por el cerro, mirando, cuesta abajo, la quebrada o preguntándole a las plantas y a las piedras: “Gua, ¿tan pocas personas somos en el mundo? Poquita era, hijo, nuestra vecindad y cada vecino era pobre o vivía más o menos como nosotros”.

—De niña, ¿con que jugabas? —consulté.

—Mis juguetes y mi juego eran, Mela, mi huso, mi lana trasquilada a nuestras pocas borregas o el algodón que nunca dejé de descarmenar.

—Escarmenar se dice, mamá; no descarmenar.

—Gracias, hijo, por tus correcciones. Desde que fuiste al colegio presté oído a tu forma de hablar y poco a poco aprendí a mejorar lo que digo. Siendo una muchachita me divertía —continuó mamá— abriendo surcos para sembrar zanahorias, habas o maíz combinado con frejol y zapallos, o espantando a los pájaros pa que no se coman los granos del maicito. De grandecita cuidaba a mi hermana Julia y a mi hermano Artemio, los menores. Sin perderles de vista segaba pasto pa dos borregas, un borrego y dos chanchos que criaban mis padres. Si había minga, ayudaba a la gente que, en su momento, nos llamaban sea pa cosechar la poca cebadita o el poco trigo que, como nosotros, también sembraban.

—¿Cómo fue mi abuela Rosa? —consulté.

—Mi mamá Rosa —respondió mamá—, fue una mujer blanca, alta y buenamoza. Tenía un terrenito en el que, antes de enfermarse de los nervios, a machetazos desbrozaba los montes y sembraba maicito. Mientras vivió mi papá, siempre y cuando lloviera, nuestro terrenito era sembrado de canto a canto. La producción, si era buena, era pequeña Después de que mi papá murió, mis hermanas menores y yo ya no pudimos cultivarlo. Habré tenido unos nueve

años cuando quedé huérfana primero de mi mamá y, después, de mi papá. ¡Qué juegos ni qué distracciones! Mis amigas y mis «compañeros de juego» eran, también mi palana, mi machete, mi balde de cargar agua de una noria o útil para el ordeño de una vaquita. A eso se agregaba mi búsqueda de leña para cocinar y, como dije, mi lana, mi rueca, mis hilos y mis tejidos que aprendí a hacerlos viendo cómo los hacía mi propia mamá.

Fallecidos sus padres cuando era una niña, mamá tuvo que arreglárselas para sobrevivir y hacer sobrevivir a su hermana Julia y a Artemio, su único hermano. Sus hermanas mayores, Isaura y Rogelia, adolescentes habían enlazado sus vidas a la de sus respectivos compañeros. ¿Casarse? En los campos no existía tal costumbre.

Mi abuela Rosa Novoa murió —contó mamá— a causa de una enfermedad que anuló el control, o dirección, de sus movimientos. Primero fue un dolor agudo en sus rodillas. Después, insegura, empezó a caminar como borracha. Sus músculos y sus huesos le dolían. Agudizado su mal, perdió la capacidad de alimentarse y de beber por sí misma. Se caía y rodaba por el suelo provocándose hematomas y heridas.

Sin poder siempre ayudar a mi abuela, mamá la veía correr desesperada, agitando su descontrolado organismo, hasta el borde del abismo de detrás de la choza, más que casa, en que vivían. Si por momentos recuperaba su lucidez, mi abuela expresaba sus esperanzas de que su enfermedad no fuera heredada, como una maldición, por sus criaturas.

No vivió para ver que Isaura, su hija mayor y, Artemio, su hijo menor, heredaron su enfermedad. Años después, Julia y mamá tuvieron dolores musculares y óseos que, en sus últimos años, se agudizaron y las torturaron hasta el final de sus días. La desconocida enfermedad de mi abuela transvasó, incluso, a las hijas de tía Isaura y a uno de los dos hijos de tío Artemio. Los unos y los otros murieron, al igual que mi abuela Rosa Novoa, sin asistencia médica, en una espantosa miseria.

Poco después de la muerte de mi abuela Rosa Novoa, Hipólito Mendoza, mi abuelo, que acababa de regresar tras ejercer una larga temporada laboral en la costa —refirió mamá—, pisó con el pie derecho una gigantesca espina de cactus, llamada por algunos campesinos sangregorianos el zango y, por otros, casha, término este que debe significar espina, y también marka o lugar. Juntando estas dos palabras Caxa (casha) y marca, surgió Caxamarca, o Cajamarca, nombre del departamento al que pertenece San Gregorio. Cajamarca sería, entonces, el lugar de las espinas cactáceas. Para los incas fue, sin embargo, el lugar de las heladas.

La herida en el pie que con la casha se hizo mi abuelo, no dio tregua a su salud.

—Hipólito Mendoza, mi papá —explicó mamá—, después de que de la casha de canto a canto atravesara su talón, no pudo caminar si no fuera apoyándose en un palo. No sé, hijo, si fue el veneno de la espina u otra cosa lo que le pudrió su pie, que se hinchó sin parar. Un día vi que en su herida había gusanos de cabezas negras. Usando otras espinas, traté de ensartarlos, y sacarlos. ¡Nunca lo logré! ¡Hervían! ¡Tremendos bichos! Día a día me observaban con sus ojos algo claros. Alegres, celebraban, seguro que yo fracasase en mis intentos de extraerlos. ¡Malditos! Pobrecito, mi papá día a día sufrió tanto, que perdió el apetito y empezó a oler ¡a podredumbre!

»Sin probar bocado alguno, adelgazó hasta parecerse a un junco. Una tarde los dedos de sus pies, con gusanos y todo, se dieron vuelta a la parte trasera de su talón. Poco después, su corazón le falló. Antes de cerrar para siempre sus ojos, me abrazó, y dijo: «Juana, qué mala suerte que estés tan chica. Cuando seas grande no quiero que seas una desgraciada». «Papá —supliqué—, no te mueras; si lo haces, me quedaré sola, ¿no?». Su respuesta fue un profundo suspiro. Alrededor de nuestra choza sentí soplar un fuerte viento frío, que, por la puerta, entró a la casa. Con ese sople, un ruido de carreras de caballos atravesó el único cuarto oscuro y, triste, muy triste, vi acabarse a mi papá. Murió él como morimos

los pobres: engusanado, hueso y pellejo, dejando hijos sin protección alguna. ¡Ni en mi tumba dejaré de tenerle pena y de llorarle!

Muerto mi abuelo Hipólito Mendoza, mamá se negó a aceptar la realidad. Por mucho tiempo aupó el cadáver a sus brazos, esperanzada de que, con su calor, resucitara. Cansada de hacerlo, se dio cuenta de que lo suyo no era nada más que un deseo. Sin saber qué hacer, caminó por el cuarto, choza o casa sin ventanas, y sin saber para qué, recogió la escasa ropa vieja del ya frío y rígido difunto. Pensativa, envolvió y amarró la escasa ropa de su papá con la suya, vertió sobre ella capas de cebo de mula, año a año acumulado en distintos depósitos por mi abuelo, prendió fuego a lo atado y creyéndolos velas, alumbró la casa y el cadáver. Llamó, después, a su hermana Rogelia, residente en una choza del cerro «de enfrente». En compañía de esta, desde las partes más altas del cerro, difundieron, a gritos, la trágica noticia, atrayendo a los «vecinos» residentes en las lomas o campos de otros cerros.

En Minga (cooperación), los primeros vecinos que llegaron y vieron el cadáver, se repartieron el trabajo. Los hombres cortaron un árbol de roble, con cuyos verdes y olorosos maderos construyeron, a medio labrar —aclaró mamá— una «caja de muerto». Al día siguiente, dos hombres abrieron una tumba a campo abierto y la comunidad sepultó a mi abuelo. «¡Ni en mi propia tumba podré olvidar su muerte —acotó mamá—, porque su desaparición me produjo mucho llanto y mucha rabia! Mi hermanita Julia, mi hermanito Artemio y yo quedamos en la más pura y dolorosa soledad».

Niña aún mamá tuvo que hacerse cargo de la alimentación de Julia y de Artemio. Con ese propósito, recogió las verduras y los frutos del último cultivo de su papá y cuando estas se agotaron, extrañó el aporte de la tierra a la satisfacción de sus necesidades primarias.

—A falta de alimentos, empezamos a buscar granos y a cortar hierbas, que cortábamos con una hoz y dábamos a comer a los animales que heredamos: doce cuyes, cuatro gallinas, un gallo, dos cerdos, dos borregos y un borrego —sostuvo.

Poco a poco organizó, mamá, la labranza de su parcela. A ella, a Julia y a Artemio les agradaba abrir surcos y sembrar zanahorias, maíz, habas y papas. Una noche, Julia y Artemio dormían en el oscuro cuarto de su casa, cuando en el corral, sus dos borregas y su borrego emitieron un sospechoso ruido. ¿Les robaba alguien sus animales? Ante aquella posibilidad, mamá dejó el cuarto oscuro armada con un machete que, por casualidad, antes de dormir, había afilado usando una piedra.

—Apenas salí de la casa —contó—, bajo la clarísima luz de la luna llena, lo vi: en el corral había un puma, maldito animal que había matado, y estaba comiendo a nuestro único borrego. «Espérate, carajo», le dije al tragón gritando de miedo y tratando, al mismo tiempo, de darme ánimos: «¡Ahora te voy a enseñar lo molesto que me resulta el que hayas matado a mi borrego!».

»Corrí, machete en mano y me prendí, carajo, de la cola del hambriento. Había oído decir a mi papá que cuando los pumas comen, se vuelven pesados y no pueden moverse. Sujetándolo por la cola, me di cuenta de que era cierto: pesadísimo, el puma acezaba, me miraba con sus ojos brillantes, y no podía defenderse. Bien comido, ¡estaba cansado! Sus relucientes ojos aumentaron mi miedo. Dolida por el daño que nos había causado, me dije: “Apúrate, Juana, ¡mátalo!”. Por última vez me fijé en su mirada como de brasas encendidas, recobré mis ánimos y za, za, za descargué en su cabeza, uno tras otro, un montón de machetazos. Cuando más macheteaba, más me animaba, y me decía: “¡Dale, Juana; dale; acaba de una vez con el dañino!”. Me apuré porque mi gran miedo era que otros pumas podían venir y, hambrientos, me atacaran y me mataran o mataran a mi hermana y a mi hermano.

»A machetazos, hijo, ¡acabé con el sinvergüenza! Al amanecer desperté a mi hermana Julia y a mi hermano Artemio pa que lo vieran muerto. ¡Ninguno creía que yo lo había matado! Como cerca de la casa no había nadie que pudiera haberlo hecho, lo dieron por cierto y lo celebraron, abrazándome. “Salvaje —me decían—, nos has salvau de otro salvaje”. Yo, en medio de mi alegría de verlos

a salvo, disimulaba mi miedo y tenía ganas de llorar. Mis manos frías, sudaban. Para tranquilizarme, abracé a mis hermanos y me di cuenta de que sus cuerpecitos temblaban. Ellos, como yo, ¡tenían miedo! Con razón o sin razón, un día me preguntaron: “Juana, ¿qué hacemos si por las noches vuelven los leones?”. Desde ese día, hijo, aunque llegué a convencerlos de que, si viniesen más “salvajes” a todos los enfrentaría y mataría a machetazos, ni ellos ni yo queríamos dormir, más, en nuestra choza. Para mis adentros, pensaba: “Y ahora ¿qué hago? Yo, una muchacha, ¿adónde ir con estos muchachos?”. Y es que, como mayorcita, era la responsable de sus vidas. Nunca tuve a nadie a quien pedirle ayuda, ni preguntar: “Señor, o señora, ¿qué debo hacer?”.

EXPROPIACIÓN, MISERIA Y VIOLENCIA

La chacra, huerta o «terrenito» que mi abuelo Hipólito Mendoza y mi abuela Rosa Novoa dejaron a mamá y a sus hermanos Julia y a Artemio, les fue reclamada, y arrebatada, por Tomás Suárez, el marido de tía Isaura llamado «el negro». Ante ello, mamá comprendió que a ella y a sus hermanos menores ya nada los unía a aquel suelo y tomando cada cual en una alforja al hombro sus cuyes, sus gallinas y su gallo, entre lágrimas arrearon sus cerdos y sus borregas hacia cualquier dirección. Alejándose de lo que fue su casa de vez en cuando volvían la vista hacia aquel lugar, donde habían nacido y vivido, que ya no les pertenecía.

—Sin fijarnos hacia dónde nos movíamos, dejamos atrás la casa y el terrenito donde nacimos —contó mamá.

No podía, mamá, precisar durante cuánto tiempo ella y sus hermanos atravesaron cerros, lomas, quebradas y valles. La irresponsable actitud de su hermana Isaura y de su marido Tomás Suárez les negó cualquier otra alternativa. Caminando junto a Julia y a Artemio, mamá avanzaba pensando y repensando en las injusticias del mundo, algo que, en sus sueños, le causaba pesadillas. Sin una casa a la cual poder llegar, se acogían, igual donde se encontraban, a veces a una «choza» improvisada, construida por ellos a la ligera, en cualquier lugar.

—¡Qué mundo más duro el de nosotros! —señaló.

Si es sus caminatas veían una casa, se acercaban a pedir «posada». Pocas personas fueron las que se la negaron. Agradecidos,

intentaban pagar el servicio a unos con un cuy y a otros, con una gallina.

—Una vez alguien nos pidió le pagáramos por habernos dejado dormir y comer papas con queso en su casa, con una gallina y con un cuy —contó mamá.

Poco a poco sus animales se les acabaron. Sin dejar de caminar, suplicaban: «Señores, por favor, ¡déjennos dormir aunque sea en el corralito de sus animales; en agradecimiento, daz daz (rápido, rápido) mañana le pagaremos con algún trabajito».

—Si alguien nos trataba mal, ese mañana, hijo —refirió mamá—, nunca llegaba porque, antes de que amaneciera, abandonábamos las «posadas» y nunca más volvíamos a dejarnos ver por allí.

Turbia su mirada, agregó:

—Por donde quiera que fuéramos, nunca encontramos la paz. Primero en Niopos y, después, en Hualgayoc y una vez cerca de San Miguel de Pallaques la violencia pisó nuestros talones. Es que, desde la guerra que nos hizo un país que unos decían llamarse Chile y otros China, se formaron grupos de hombres armados que pelearon contra los invasores. Yo no vi eso. Lo que sí vi fue que, años después, esos grupos armados, unos en favor de los chilenos o chinos y otros en contra, se enfrentaban a muerte. Con más uso de razón supe que los invasores chilenos o chinos ya habían dejado el Perú y que los grupos armados en Cajamarca seguían peleando en contra o en favor de un presidente, un tal Leguía, un hombre que debió de estar en favor de regalar las tierras peruanas a esos chilenos o chinos.

—Chile, fue mamá; China, no —aclaré.

—Gracias, hijo, por corregirme; tú debes de saber eso mejor que yo.

Meditativa, prosiguió:

—Por nuestras tierras serranas, hijo, cualquier hacendao era un gran comerciante y cualquier comerciante, un gran hacendao. Pa defender sus riquezas armaba, por su cuenta, a hombres que se enfrentaban a muerte por quitarme estas pajas. Como aburridos de

la vida, mataban o se hacían matar a balazos o a machetazos. Los que sobrevivían, medio alocados lloraban porque, como nosotros tres, seguro debían de sentirse muy solos. ¡Daba miedo ver llenos de balas sus cinturones, con sus armas y sus machetes al alcance de sus manos! ¡Eran peligrosos!

—A campo abierto, ¿cuáles fueron los mayores peligros que encontraron, mamá? —pregunté.

—Los mayores peligros para nosotros, hijo, venían de los grupos rivales de los hombres armados. De un momento a otro se aparecían por los caminos o en una fiesta. Sus jefes se llamaban jefes de banda y ordenaban a sus hombres: «Muchachos, vamos a probar puntería. ¡Tráiganme al que por allí anda vistiendo una camisa a rayas!». En la sierra, hijo, en aquellos tiempos casi todos los hombres usaban camisas a rayas. Al primero que sus bandidos agarraban lo llevaban a su delante y él preguntaba: «¿Dónde quieres, hijito, que mis hombres te peguen un tiro: en la cabeza o en el pecho?». Algunos respondían: «¡No quiero morir, jefe: tengo hijos que debo alimentar!». Pobrecitos: ¡los que decían «no quiero morir, jefe», eran los que más rápido eran tiroteados.

»A los bandidos les hacía gracia pasar por las casas en que se celebraba lo que hoy se llama un “acto social”; sedientos de sangre, se detenían, tocaban a las puertas y al primero que salía a recibirlos, después de saludarle con una bala al aire, los jefes anunciaban: “Muchachos, ¡ha llegado la hora de divertirnos!”. Su rara diversión comenzaba con un grito: “¡Viva Leguía!”. Si alguien, de entre los fiesteros respondía: “¡Viva!” lo separaban y, sanito o borrachito, le preguntaban: “¿Por qué debe vivir Leguía?”.

»Recién se sabía que, aquel jefe, estaba en contra del presidente del Perú. Y si era un jefe que estaba en su favor, preguntaba: “¿Por qué debe morir Leguía?”. Es decir, según cómo respondiera el que había sido separado por los bandidos, de una reunión, peligraba o no su vida. Otra de las preguntas que a sus víctimas hacían los jefes, era: “¿Estás sano o borracho?”. Unos respondían: “A mí, jefe, ¡no me gusta el alcohol!”, y como no estaba borracho, el jefe se volvía

a sus bandidos, y les preguntaba: “¿Hay en la banda alguien quien se trague el cuento de que a este hombre —o a estos hombres— no le guste el alcohol?”. Listas sus armas para ser disparadas, sus hombres respondían: “¡Por estas tierras en una fiesta solo los policías y los soplones, jefe, desprecian el alcohol!”. “Ajá: ¿lo oyeron, cholitos? ¿Qué carajo son ustedes: policías, militares o soplones?”.

»Daba igual, hijo, si los sospechosos de ser policías, militares o soplones afirmaban o negaban serlo o no. Por sanos o por borrachos, el jefe de banda seguía acusándolos: “Las gramputa que nunca beben son quienes tratan de detectarnos y de denunciarnos si no a los guardias de hacienda, sí a la policía y los militares. ¡Policías y soplones de mierda: ahora van a saber lo que les vale el perseguirnos!”. Sembrando el terror entre los testigos, los jefes ordenaban, allí mismo, que cada acusado, si estaba borrachito, bailara con un sano y si estaba sano, que lo hiciera con un borrachito. Y los sonsonazos, anda ve, ¡bailaban!

»En pleno baile: ¡pum, pum, pum disparaban sus escopetas y sus revólveres. Algunos morían saltando y, otros, mal heridos, intentaban ponerse de pie. Los que esperaban ser baleados tenían que seguir bailando al ritmo de la música de las balas. Si alguien protestaba o se oponía a esos actos, les harneaban a balazos. Quienes en esa baila bailes resultaban solo heridos, eran rematados con un tiro que llamaban de gracia. Después, los jefes aplaudían y reían disparando de nuevo en contra de otros cuerpos, o al cielo. Muertos los sospechosos de servir al Gobierno, gritaban: «¡Los policías y los soplones abren la boca, ja, ja, ja, hasta después de muertos!».

»Había jefes a quienes se les ocurría reclutar a los hombres sanos y hacerles cantar, igual que a los borrachitos, el himno nacional. Muchos ni siquiera sabían qué era el himno nacional. Yo lo aprendí oyéndolo cantar a esa agente que iban a ser asesinados: «Somos libres, seámoslo siempre». Cantando somos libres, eran baleados. «Jefe», oí celebrar a un bandido, «bravo era el hombrecito que maté; ¿oyó usted cómo el gramputa antes de morir alzó el culo y me tiró un pedo?».

»A unos bandidos, hijo, había gente que les llamaban «guardias de hacienda»; eran, me pareció, los que estaban mandados por los hacendaos. A los grupos que estaban en contra del Gobierno y de los hacendaos la gente les llamaba «bandas armadas». La policía y los militares llamaban, a los mismos, bandoleros y abigeos.

—En medio de una balacera, Julia y Artemio se me perdieron —agregó mamá.

—¿Huyeron? —pregunté.

—¡No! Esperando poder comer algo, nos acercamos a una casa, donde había una fiesta —respondió mamá—, y nos sorprendieron dos bandas rivales; nada más verlos, mi hermanita Julia y mi hermanito Artemio corrieron y se metieron por el monte. ¿Cómo encontrarlos en medio de las balas? ¡Nos perdimos! Llorando mi mala suerte, por mucho tiempo los busqué. Sola, seguí caminando por cuevas, cerros y encañadas hasta pasar por Llapa, cerca de San Miguel. A las personas que iba encontrando preguntaba si podían darme lana o algodón pa escarmentar o pa hilar. ¡Con algo tenía que ganar mi comida!

—¿Cómo trataban los grupos armados a las mujeres? —consulté, amarga mi boca.

—Ay, hijo, ser mujer era —afirmó mamá—, en medio de tanta violencia, una desgracia. Había guardias de hacienda que abusaban de cualquier vieja, niña o muchacha. No importaba el lugar ni la hora en que las encontraran; tampoco si eran solteras, viudas o casadas. Los guardias de hacienda, repito, eran los más temidos. Quizás por eso las bandas de los otros jefes, sus rivales, que estaban en contra del presidente Leguía, les caían encima y los mataban. Las bandas civiles que defendían a Leguía, al igual que los guardias de hacienda, se divertían pasando por las armas a las mujeres. Pasar por las armas a las mujeres llamaban ellos a sus abusos. ¡Qué tiempos tan malos!

Huyendo de un lugar a otro, por unos días mamá asumía labores de cocina, de lavandería y de peonaje. Reemprendía su camino para buscar, igual donde fuera, a sus hermanos perdidos. Casi me-

dio año después, en Libes, una tarde encontró a tía Julia. Un mutuo abrazo y un baile selló el acontecimiento. Al anochecer, mamá invitó a su hermana a la casa de la familia que la había empleado como cocinera, donde, con la autorización de su patrona, compartió con ella su cama. El reencuentro, y la emoción que les produjo, no las dejó dormir. Luego de intercambiar experiencias, concluyeron que ambas habían sufrido lo indecible. Preocupadas por su hermano Artemio, decidieron seguir buscándolo. Un tanto en broma y otro tanto en serio, cada cual se propuso buscar, para sí, un hombre mayor con quien, a cambio de que les garantice protección personal, les hiciera pareja.

—Los jóvenes, hijo —explicó mamá—, eran muy ignorantes. Inseguros, no sabían defenderse ni de los guardias de hacienda y, menos, de los militares y policías que perseguían a las bandas antigobiernistas. Inútiles, se dejaban enrolar, por los unos o por los otros. Los militares los levaban. Los soldados y los policías eran unos zorros. Llegaban a un lugar y hablaban en nombre de la «patria». Cada joven podría ser, decían, un «héroe». Con esas palabras los atontaban y los enrolaban. Para que se les escaparan, los amarraban las manos y de los pies y los arrastraban para montarlos en las ancas de los caballos, como a borregos. «Tenemos guerra con Colombia», decían los policías y los militares. Y yo preguntaba: «¿Qué será, pue, Colombia?». Muy zorros, hasta hacía poco habían hablado de «Chile». Colombia era la nueva trampa que les ponían para ser, dizque, «héroes».

»“Colombia es otra patria, señora; es otra patria que está atacando a nuestra patria, el Perú”, explicaban. Escuchándolos yo me ponía a pensar, y a preguntarme: “¿Será Colombia la patria de la gente armada que anda matando a los hombres y abusando de nuestras paisanas? ¿De qué vale la patria si hay gente que por encargo de sus patrones y hasta por un plato de lentejas mata a cualquiera de los pobres? Los matones se parecen a los perros rabiosos. ¿Serían, ellos, los Colombia?”. Los guardias de hacienda se reclamaban ser de la patria Perú.

»Viendo a los jóvenes que se dejaban llevar por los bandidos, por los soldados o policías que defendían al Gobierno, pensaba: “Son muchachos que no saben pensar y, menos, hacerse respetar”. ¿Cómo, hijo, iba a meterme yo así en amores con un joven? A todos los creía ser débiles del cerebro y del espíritu. Si no, ¿por qué creían, así por así, que los militares, los policías y los guardias de hacienda eran la patria? Si la patria era esa gente, me decía yo, ¿por qué y para qué servirles? ¿Cómo va a ser buena una patria hecha de soldados, de policías y de bandidos que nos mataban? Si ellos representaban a la patria, lo seguro era que no había patria buena. Los comparaba entre sí, hijo, y mi cerebro no los veía diferentes ni a los unos ni a los otros. Esas gentes armadas eran, para mí, una patria mala.

»Los soldados y los policías eran gente pagada por el Gobierno. ¿Para qué? Oí decir que, ¡pa servir a los hacendaos! Yo me preguntaba: ¿son los hacendaos y sus haciendas, la patria? Los hacendaos, cosa de no creer, eran los que más se interesaban en organizar y dirigir a las malditas guardias de hacienda, aliados de los cachacos y de los policías. “¡Qué patria ni qué carajo!”, me dije. Me daba rabia que esos malvados abusaran de los pobres, matándolos por solo matar. Después de asesinar a alguien se alababan diciendo: “¡Somos patriotas!”. ¿Cuántas patrias había? ¿Cuál era la patria a la que iban a servir los jóvenes?

»Pregunté a unos y a otros muchachos que habían servido, ya, en el Ejército y en la sierra eran llamados licenciaos y supe, por ellos, que los mandones del Ejército abusaban de los soldaos de la tropa. A los soldaos rasos, me dijo un licenciaio, los oficiales los obligaban a limpiar sus botas y sus zapatos. A unos los hacían comprar en los mercados cosas que necesitaban sus mujeres o sus amantes. Otros desyerbaban sus jardines, limpiaban sus corrales, sus caballerizas y sus carros.

»Un licenciaio fue más claro: “Los soldaditos de la buena suerte, dijo, éramos los limpia baños y los lustrabotas de los oficiales, y los de la mala suerte, los que iban a pegar tiros a las bandas armadas

que atacaban a los rivales del Gobierno de los ricachones”. Y es que, en aquel tiempo, hijo, había unas bandas buenas formadas por hombres llamados los beneles, quienes, a balazos, vengaban la muerte de la gente atacada por los guardias de haciendas, los policías o los militares. ¡Pobrecitos esos jóvenes que servían en el Ejército y en la Guardia de Hacienda! Se pasaban años y años arriesgando sus vidas por unos jefes que a mí se me parecían ser unos vagos, abusivos y ociosos. Después de dos años de estar siendo abusados, esos jóvenes recibían unos papeles que eran una constancia de la inutilidad de sus servicios a la patria mala. ¡Qué forma más mierdosa de engañar a la juventud! ¿Quién inventó el «servicio a la patria»? ¿Qué patria? De haber nacido yo un hombre, ¡nunca habría aceptado esa esclavitud! ¿Me entiendes?